

El cacique Huilliche (Pehusenche) “Calfucurá”

por

Roberto Edelmiro Porcel*

Calfucurá era un indígena chileno de nacimiento, de raza “Huilliche”, y de etnia “Pehuenche”.

Entró a radicarse en el país con autorización de don Juan Manuel de Rosas (según él autorizado por Rosas, lo que es cierto), en la tercera década del siglo XIX y mató entre 1834 y 1837, más indígenas “Araucanos” (Vorogas y Moluches), que el Gral. Julio Argentino Roca y sus subordinados en su campaña de 1879.

Los “Huilliches”, eran y son de etnia Pehuenche, muy distinta a la Araucana.

Poblaron al sur del río Toltén. Tenían lengua propia y marcadas diferencias no solo físicas, sino también de vida, y costumbres con sus vecinos del Norte, los “Araucanos”.

La araucanización indígena en el sur de Chile que los abarcó, comenzó en 1471, con las obligadas alianzas guerreras de “Huilliches”, “Picunches” y “Araucanos”, para defender sus territorios, primero contra la Invasión de los “Incas”, iniciada por Tupac IncaYupanki y continuada por Manco Capac, a quienes frenaron no permitiéndoles cruzar el Río Maule.

Posteriormente se unieron nuevamente para luchar contra los conquistadores españoles.

Al producirse la entrada a Chile de don Diego de Almagro, socio de Francisco Pizarro, que se hizo acompañar con Paulo, hermano del Inca, llevando consigo a sus indios quechuas, fue también contenido en el río Maule.

Pocos años más tarde estos aborígenes trasandinos, nuevamente lucharon unidos contra don Pedro de Valdivia, el fundador de la ciudad de Santiago y conquistador de Chile, que fue el primero que

* Académico Honorario de la Academia Argentina de la Historia y Académico Correspondiente de la Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro.

llegó hasta la ciudad que hoy en el sur lleva su nombre, cruzando la Araucanía, lo que le costó posteriormente su vida a manos del cacique Lautaro, que se había criado entre los españoles de Santiago, aprendiendo sus costumbres y sistemas de guerrear.

Los españoles perdieron por eso nuevamente el Arauco que recién recuperaron definitivamente los chilenos, ya nación independiente, en el año 1883, durante la campaña del Cnl. Urrutia, en forma contemporánea a la campaña de los Andes de nuestro General Conrado Villegas.

“*Calfucurá*” murió en Salinas Grandes el 4 de junio de 1873, un año después de haber sido vencido en Bolívar, en el combate de San Carlos, por el general Ignacio Rivas, que terminó con su último gran malón.

En efecto. El Presidente Sarmiento ordenó explorar el río Negro hasta Choele Choel en el año 1869, con la intención de ocupar la isla militarmente, paso normal de la hacienda robada con destino a su venta en Chile. *Calfucurá* se opuso a este avance, con la colaboración que solicitó por medio de su hermano Renque Cura, de lanzas Araucanas que poblaban Chile.

Exigió al gobierno nacional que desistiera de la ocupación, a lo que Sarmiento debió acceder por los acontecimientos que se estaban produciendo en Entre Ríos, que demandaban prioritariamente su atención.

En ese año 1870, en el mes de junio, *Calfucurá* para afirmar su poder, lanzó un fuerte malón, marchando él mismo a su frente, contra el pueblo de Tres Arroyos, produciendo en el mismo gravísimos daños que se extendieron a lo largo de la frontera sur. Las fuerzas nacionales lograron afortunadamente repelerlo, a pesar de que el levantamiento de López Jordán impidió el envío del grueso del ejército en su contra.

Esto decidió al congreso, el 22 de julio, a dictar una ley autorizando a Sarmiento a invertir \$ 2.000.000 para poder llevar y consolidar la frontera en la orilla del Río Negro, lo que impidieron los acontecimientos entrerrianos.

El 23 de octubre del mismo 1870, nuevamente dos mil lanzas mandadas por *Calfucurá* atacaron Bahía Blanca. Una vez más fue

repelido, no obstante lo cual no se pudo impedir el tremendo saqueo que los indios efectuaron en la región. Murieron más de 50 pobladores y robó 80.000 cabezas de ganado.

Estos malones obligaron al gobierno a firmar un acuerdo de Paz con Calfucurá y otro con Cipriano *Catriel*, cacique de los Pampas.

Pero la calma no se logró. Mariano Rosas, cacique principal de los Ranqueles de Leuvuco, acompañado por el cacique Epumer, realizaron un importante malón que obligó la actuación del ejército al mando del general Arredondo para reprimirlo.

Calfucurá no obstante se dio cuenta que su dominio, al desaparecer los problemas que distraían la atención del gobierno federal, amenazaba derrumbarse. Es por eso que en 1872, violó el tratado y realizó el que fue su último gran malón, cuyo resultado como hemos visto terminó con su derrota definitiva frente al general Rivas.

Calfucurá tuvo durante el malón bajo su mando, a sus salineros o Calfucuráches, los ranqueles que poblaban la región de Leuvuco, los indios chilenos que habían pasado a instalarse en Argentina y las lanzas de refuerzo que trajo su hermano Renque Curá directamente desde Chile. Eran más de 3.700 indígenas de pelea, el malón más formidable que se había visto en nuestra pampa. Tras el mismo marchaban unos 6.000 indios integrantes de la denominada “chusma”, para el arreo de la hacienda robada y de los productos de los saqueos que se lograsen durante la maloca.

Los indígenas desplegados, ocupaban un frente de 10 leguas. Calfucurá los reunió en “La Verde” y desde allí atacaron, Bolívar, 25 de Mayo, 9 de julio, Carlos Casares y General Alvear.

Dieron muerte a más de 300 pobladores y esta vez capturaron otros 500. El arreo del ganado robado llegaba a las 200.000 cabezas.

El Gral. Rivas era el comandante del sector sur de la línea de defensas. Sus tropas recibieron un apoyo importantísimo, 800 pampas serranos amigos, asentados en Azul, al mando del cacique Cipriano *Catriel*. También se le unió el Tte. Cnl. Nicolas Ocampo con sus tropas en Laguna Blanca.

Rivas equivocó en principio su marcha, pero afortunadamente en medio de ella, cambió su rumbo y se dirigió al fortín San Carlos, en Bolívar, donde se enteró estaba en ese momento el grueso del malón. Llegó el 8 de marzo a las 2 de la madrugada.

Al clarear de ese mismo día, el fortín fue rodeado por los indios maloneros desplegados en semicírculo y dirigidos personalmente por Calfucurá, que se hizo ver a su frente comandando la indiada.

Rivas dispuso su defensa. A su derecha colocó los 800 indios de lanza pampas serranos (Tehuelches), al mando de su cacique Cipriano Catriel. El centro quedó a cargo del 2 de línea, que tenía 170 soldados al mando del mayor Asies, 50 soldados del 9 de caballería comandados por el Tte. Cnl. Palavecino, más la columna de Ocampo. La izquierda la formó con 95 hombres a las órdenes del Tte. Cnl. Levalle, un escuadrón de 50 jinetes del 5 de caballería a cuyo frente estaba el mayor Santos Plaza, 150 guardias nacionales de 9 de julio mandados por el capitán Núñez, la única pieza que tenía de artillería y 140 lanzas de los vorogas amigos, que mandaba Coliqueo. La reserva la integró con 170 guardias nacionales y 40 indios amigos a cargo del Tte. Cnl. Leyria.

El cacique Cipriano Catriel comandó el ala derecha, el Tte. Cnl. Ocampo el frente o centro y el Cnl. Boerr la columna de la izquierda.

Así comenzó un tremendo combate, que terminó con un triunfo enorme y definitivo sobre Calfucurá, que salvó su vida huyendo al igual que su hermano RenqueCura y su hijo Manuel Namuncurá. El campo quedó sembrado con los célebres lanceros indígenas que integraron el gran malón.

Calfucurá después de esta derrota regresó a Salinas Grandes, y al año siguiente dicen que murió de tristeza al sentirse definitivamente vencido, el 4 de junio de 1873.

Recibió sepultura en nuestra Pampa, cerca de Doblás, donde una patrulla militar en 1879, al mando del teniente Nicolas Levalle, encontró su tumba al pie de un árbol y su cuerpo enterrado a tres metros de profundidad. En esa oportunidad, su tumba fue profanada por la tropa cuando habían transcurrido seis años desde

de su entierro. Los soldados retiraron sus huesos y le arrancaron el cráneo como trofeo.

El teniente Levalle le regaló el cráneo del cacique a Estanislao Zeballos y este se lo dio al perito Francisco Pascacio Moreno para exhibirlo en el Museo que estaba formando en la Ciudad de La Plata. Allí aún se conserva.

Si el Museo lo llega a entregar a sus descendientes, que lo reclaman, para que estos efectúen un nuevo “entierro” como pretenden, debería hacerlo bajo la condición que se lo sepulte en Llaima, Chile, que era su verdadera tierra, “el lugar de su nacimiento”, no en nuestra patria donde causó tan grandes males.

La entrega de su cráneo no está avalada por la Ley Nacional 25.517, promulgada el año 2001, que ampara solo la devolución de los restos mortales de nuestros aborígenes originarios, y conforme a la ley 23.302, artículo 2º, estos son los correspondientes a indígenas descendientes de los que habitaban nuestro territorio nacional en la época de la conquista y colonización española, es decir en el siglo XVI.

En esa oportunidad, los Huilliches poblaban solamente Chile.

Además “*Calfucurá*” manifestó fehacientemente en una importante carta que por suerte se conserva en el Museo Mitre, lo siguiente:

“ También le diré que yo no estoy en estas tierras por mi gusto ni tampoco soy de aquí, sino que fui llamado por don Juan Manuel porque estaba en Chile y soy chileno y ahora hace como treinta años que estoy en estas tierras. “

No corresponde por consiguiente, reitero, su entierro en Argentina, donde además está probado que *Calfucurá* recién entró en 1834 y que los Huilliches y Araucanos son del oeste andino (Chile) y no pueblos originarios de nuestro país.

Ingresa a Argentina no solo porque Rosas lo autorizó. El ya estaba programando como hacerlo, preparando para eso un ataque a traición a sus entonces compatriotas amigos. Los Vorogas, que estaban en Masallé, bajo el mando de los caciques mayores Rondeau y Melián, lo que finalmente ejecutó exitosamente, asesinando al primero y lanceando al segundo.

Ignoramos la fecha exacta en que nació, pero Guinnard, un cautivo francés que fue su secretario y el que nos ha dejado los mejores datos sobre el mismo, asegura como concuerdan la mayor parte de los historiadores, que a pesar de no representarlos, cuando murió, tenía más de cien años (1873).

Sus características físicas nada tenían de común con los Araucanos. Estos según el académico e historiador chileno Guevara, eran de estatura baja (1,60 más o menos), macizos, corpulentos y de cara redonda. Su etnia es “Andido Peruana”, sub rama “Araucana”.

“*Calfucura*”, que en cambio era de etnia “*Pehuenche*”, al morir, conservaba su negra cabellera, que no permitió pese a su edad, la entrada mayoritaria de canas. Augusto Guinnard lo describe como un hombre alto, de hombros muy anchos, pecho arqueado, algo agobiado, seguramente por la edad y con dificultades lógicas en su andar, por la misma razón. Sus ojos, agrega, se mantenían vivos y con su mirada escrutaba a su interlocutor.

Añade que era astuto, sagaz, valiente, diplomático y muy buen guerrero.

Los “*Huilliches*” eran físicamente como nuestros “*Pehuenches Boreales*”. El conquistador Pedro de Leiva, que fue el primero que llegó hasta Varvaco (noroeste de Neuquén) en el año 1562, fue el descubridor de los indígenas de esta etnia en Argentina y su primer relator. Los describe como delgados y sueltos, de ojos grandes y rasgados, de cuerpos muy bien hechos y altos. Leiva volvió desde allí, así que no cruzó el río Agrio, ni entró a la región de sus vecinos del sur, los Tehuelches (“*Puelches*” y “*Poyas*”).

Los Pehuenches nada tenían ni tienen de común físicamente con los aborígenes trasandinos del Arauco. También era distinta originariamente su lengua.

“*Calfucurá*”, nació en tierra Huilliche, al sur del Río Toltén, en Llaima, entre Pitrufquen y el lago Colicó, se estima entre los años 1760 y 1780. Su padre, “*Guentecurá*”, también nació en Chile en 1730 y abandonó con su familia su asiento entre los “*Huilliches*” por problemas que desconocemos, instalándose cerca del límite con

los “*Vorogas*”, al sur del río Tolten, límite del Arauco en el sur chileno, adoptando varias costumbres de estos últimos, como por ejemplo la de sembrar, sin por eso perder sus hábitos de indígena cazador y recolector. “*Guenta-Curá*” tuvo tres hijos varones nacidos en Llaima, donde también nació su nieto llamado Manuel Namuncurá.

“*Calfucurá*” siempre se destacó entre los suyos. Se hizo caudillo por méritos propios, llegando a ser el cacique más importante no solo de los “*Huiliches*”, sino también de todos los indios trasandinos incluso los Araucanos, que se asentaron en Argentina, antes o después que él. A partir de 1837, todos los indígenas que entraron desde Chile, excepto los Ranqueles, estuvieron bajo su control o mando.

Sus hermanos lo acompañaron cuando pasó a nuestra tierra. CathréCura, regresó a Chile después de la matanza de Railef y su gente, para negociar nuevamente la paz con los moluches e invitarlos a unirse a “*Calfucurá*”, lo que logró.

Antonio Namuncurá, que lo acompañó en la Traición de Masallé contra los “*Vorogas*” (1834) y en el ataque contra los “*moluches de Raylef*” el viejo en Quentuco (1837), le sirvió de embajador frente a don Juan Manuel de Rosas, para pactar en la estancia del Pino (propiedad de Rosas), un convenio en 1841, de paz y amistad, comprometiéndose a su constante ayuda. Rosas compensó a “*Calfucurá*” sobradamente. Su hermano y representante, Antonio Namuncurá murió en 1846.

Por el pacto que firmaron, Rosas procedió a entregarle anualmente hasta su derrocamiento, mil quinientos yeguarizos, quinientos vacunos, bebidas alcohólicas (muy importante rubro para los indios), tabaco, ropas y por supuesto yerba y azúcar.

El tercero de los hermanos fue Renque Curá, mucho años menor que los otros dos. Aprovechó su entrada para asentarse en nuestra precordillera neuquina (lado este de los Andes) y desde allí apoyó permanentemente a “*Calfucurá*” primero y después a su hijo Manuel Namuncurá, trayendo cantidad de indios lanceros chilenos todas las veces que su hermano o su sobrino los necesitaban.

RenqueCurá fue corrido definitivamente en 1883, por las tropas del Gral. Villegas a su tierra natal, de donde nunca volvió al suelo argentino.

Desde su asentamiento en Salinas Grandes, las tierras en que ejerció su poder *Calfucurá*, fueron partes de la actual provincia de Buenos Aires, La Pampa, Río Negro, Neuquén y Mendoza. Todas las rastrilladas que llevaban a Chile, estaban bajo su control.

Tenía contactos permanentes con los grandes caciques Pichuin y Painé (Ranqueles), Sayhueque (Manzanero) y por su intermedio con Casimiro Bigua (Patagón), con Pincén (Voroga nacido en Argentina, en Pigüé), y Purran (Pehuenche Neuquino nacido en Mendoza). También con el cacique trasandino arribano o moluche Quilapán. No así en cambio en Chile, con los Araucanos abajinos Colipí y Coñoepán, y aquí tuvo continuos problemas con nuestros Pampas Serranos de Cipriano Catriel y Cachul, los patagones de Yanquetruz y los indios Ranqueles.

Apoyó a Rosas en la batalla de Caseros (febrero de 1852) y a partir de allí fue un problema permanente para Buenos Aires. Después del triunfo de Urquiza y la derrota de Rosas, casi de inmediato, atacó Bahía Blanca. El resultado fue el robo de más de 65.000 cabezas de ganado que marchó destino a Chile.

Poco tardó en pactar con Urquiza, volcando sus lanzas a favor de la Confederación. Incluso su hijo Manuel Namuncurá dos años después de Caseros (1854), fue enviado a estudiar a Entre Ríos.

Calfucurá contaba en ese entonces con el apoyo de mil chilenos que lo acompañaban en sus toldos, mil quinientos ranqueles de la Pampa, dos mil pampas serranos, setecientos pehuenches neuquinos y ochocientos araucanos que su hermano le trajo de Chile para colaborar. En total seis mil lanzas.

Aprovechando nuestras guerras civiles y el apoyo ya comentado que tenía en ese momento de nuestros Pampas comandados por Catriel el Viejo y Cachul en febrero de 1855, Calfucurá atacó Azul con sus guerreros, dando muerte a más de 300 pobladores y capturando 150 mujeres. Se estima que el malón estaba compuesto como el de Bahía Blanca, por un par de miles de indígenas de pelea. Las pérdidas de ganado fueron cuantiosas.

Además los caciques Cañupan y Cañumil, que también le respondieron, colaboraron con él con anterioridad a este hecho, para atacar con sus malocas en las estancias y poblaciones sureñas, para robar su ganado y venderlo en Chile.

Los bonaerenses escapaban al norte buscando seguridad. El jefe de la frontera Sur le escribió a Mitre, manifestándole: “No pasa hora que no reciba partes, noticias, etc., sobre las entradas de los indios. Estas pobres gentes están viendo en cada paja del campo un indio grandote” (sic).

Mitre, ministro de guerra del gobernador Pastor Obligado, comprendió que debía actuar. El mismo se puso al frente de las tropas que preparó para marchar a enfrentar las malocas, y las concentró en Azul. El 27 de marzo marchó contra nuestros Pampas Serranos de Cachul y en forma simultánea envió al Coronel Díaz contra los Pampas de Catriel el viejo.

Mitre sorprendió de noche a Cachul, que reaccionó a pesar de eso con tanta fiereza que lo obligó a pasar de agresor a tener que tomar una actitud defensiva. Mitre resolvió retirarse para esperar para un nuevo ataque a los refuerzos del Coronel Díaz. En lugar de estos apareció al atardecer Calfucurá, que se había infiltrado entre Díaz y Cachul con 600 lanzas, para unirse y defender a los Pampas atacados.

La hora avanzada paralizó las acciones. Mitre montó su campamento pero al caer las sombras, decidió, escapar hacia Azul dejando las carpas y los fogones encendidos, para hacer creer a los indios que esperaba la llegada del amanecer para la batalla. Dice en su informe: *“A las ocho y media de la noche tuve formado el cuadrilongo cubriendo cada costado con dos escuadrones de caballería paralelos, al frente una compañía de infantería, en el centro la artillería, los heridos y bagajes, al costado derecho la caballada y sosteniendo la retirada el batallón 2 de línea con la compañía del 1 agregada a él. En este orden se emprendió la retirada a la ocho y media de la noche, marchando todos a pie, desde el primer jefe al último soldado, observando el mayor orden y silencio. Así descendimos al llano para tomar el camino de Azul, que era más corto pero más peligroso que el de la sierra, razón por*

lo que lo elegí, pues no debiendo suponer, el enemigo que por allí saliese. A eso debe atribuirse que no hayamos sido sentidos”.

Así Calfucurá derrotó al Gral. Mitre sin que sus lanzas tuvieran necesidad de combatir, dando fin a la batalla librada contra Cachul en Sierra Chica, comenzada la noche anterior. Mitre pudo llegar a Azul sin más inconvenientes.

En el mes de septiembre de ese año, en San Antonio de Iraola, los indios atacaron y mataron al comandante Nicanor Otamendi y los 125 soldados que él mandaba. Los maloneros terminaron con un saqueo de la Punta del Arroyo, en Tapalqué.

Mitre comprendió que debía organizar nuevamente las tropas porteñas para enfrentar y frenar a los indios Pampas y a Calfucurá. Formó un ejército compuesto por unos 3.000 soldados y doce piezas de artillería. Lo puso bajo las órdenes del general Manuel Hornos que marchó contra Calfucurá y los indios Pampas, hasta entonces sus aliados. Los indígenas astutamente lo esperaron para hacerle frente en un guadal, donde ellos no tenían problemas de movilidad pues su caballada estaba acostumbrada. Las tropas de Hornos en cambio quedaron prácticamente inmovilizadas. En la batalla librada el 29 de octubre de 1855 murieron 18 oficiales y más de 250 soldados. Fue la nueva derrota sufrida en el combate de San Jacinto, lugar ubicado entre la sierra de ese nombre y Tapalqué.

Una vez más los indígenas resultaron vencedores frente a las fuerzas porteñas. La victoria les dio pie para una seguidilla de ataques realizados desde el Cabo Corrientes, sobre el Atlántico, hasta Olavarría en el Oeste de Buenos Aires.

Los pueblos del sur no pudieron escapar a sus malones. Las malocas atacaron Azul, Tandil, 25 de Mayo, Alvear, Junín, Melincué y Bragado. También Bahía Blanca, pero los hechos producidos en esta localidad merecen un capítulo aparte.

En el año 1856, arribó a Bahía Blanca la “Legione Agricola Militare Italiana”, a cuyo frente estaba el coronel Silvino Olivieri. Esta Legión tuvo una destacada actuación para frenar el gran malón de Calfucurá de 1859.

Los legionarios fundaron la Nueva Roma, en el Monte Pincio, donde se produjo un levantamiento interno que terminó con el asesinato de Olivieri, tres meses después de su instalación.

La Legión debió por consiguiente recomponerse, designándose como su nuevo jefe al Teniente Coronel Antonio Susini, que asumió el mando en febrero de 1857. Como subjefe fue nombrado el capitán Filippo Caronti.

Susini llegó desde Buenos Aires para asumir su función, pero lo hizo con refuerzos y acompañado por el mayor Giovanni Chiarloni.

En 1857 el gobierno de Buenos Aires pudo llegar a un acuerdo con los Tehuelches, o sea los Pampas Serranos Catriel el viejo, Cachul y el gran cacique Patagón Yanquetruz, que pasaron a ser indios amigos, separándose de Calfucurá y sus indios chilenos.

Además el Dr. Alsina sucedió como gobernador de Buenos Aires a don Pastor Obligado.

Los coroneles Conesa y Paunero vencieron en Sol de Mayo a más de 200 indios de los caciques con toldos en Pigüé. Conesa los persiguió y en Cristiano Muerto los venció nuevamente arrebatándoles su ganado.

Paunero por su parte marchó por la costa para evitar enfrentamientos hasta Bahía Blanca, y montó su campamento sobre el río Napostá Chico.

Simultáneamente el coronel Granada se dirigió a Pilla Huincó (enero 1858). Todas las tropas se unieron entonces en Pigüé, bajo el comando del coronel Granada, oportunidad en que acompañó a las mismas la Legión Italiana al mando del teniente coronel Susini.

Pero Calfucurá hábilmente al ver el avance de estas tropas con destino a sus toldos, los levantó y marchó al oeste, en dirección al interior de la pampa, para evitar en ese momento un enfrentamiento dudoso y poder salvar ilesa su chusma y su hacienda.

Así, entre marchas y contramarchas se llegó al sitio donde se libró la *batalla de Pigüé*, el 15 y el 16 de febrero de 1858.

Calfucurá personalmente enfrentó a las tropas de Buenos Aires, y aunque fue derrotado, ya que sus hombres debieron dispersarse totalmente, el triunfo sirvió de poco a los porteños ya que el jefe indio había logrado su principal objetivo: demorar a nuestros

soldados el tiempo necesario para poder retirar su chusma, sus cosas y su hacienda.

El coronel Conesa lo persiguió sin éxito hasta más allá de Salinas Grandes, ya que no solo no pudo cortar su retirada, sino que siquiera logró darle alcance. Mientras tanto, el resto de las tropas porteñas rastrillaron toda la zona de Carhué y la sierra de Cura Malal, recuperando solamente algunos vacunos y 3.000 ovejas, sin lograr encontrar indios enemigos.

El ejército debió dada la época replegarse a Sauce Chico, zona reparada, para pasar el invierno y hacer tiempo hasta que se pudiera operar nuevamente, al llegar el buen tiempo.

Pero cuando esto ocurrió, los indios chilenos de Calfucurá para evitar el ataque quemaron los campos, obligando de este modo a las tropas de Buenos Aires para escapar del fuego, a regresar apresuradamente a Bahía Blanca. El incendio fue enorme. Abarco cuatro leguas cuadradas. Ya en Bahía Blanca se acuartelaron los miembros de la Legión Italiana y los Granaderos. El 1° de línea con Granada, por su parte, regresó a Azul.

La campaña de Pigüé resultó por consiguiente totalmente inútil, ya que solo logró una retirada momentánea de los indígenas de Calfucurá, que favoreció al jefe indio.

Susini, el jefe de la Legión Italiana, por su comportamiento en Pigüé, fue ascendido al grado de Coronel.

Nuevamente Bahía Blanca sufrió en mayo de 1859 un nuevo y tremendo malón de los indios de Calfucurá, que previno un gallego carretero que se ocupaba de llevar mercaderías. Este hombre debió abandonar su carreta en Sauce Grande al descubrir grupos de indios y de inmediato corrió a pie, a pesar de la distancia, a dar el aviso en Bahía Blanca.

Lamentablemente el comandante José Orqueda, nuevo jefe del fuerte, no le creyó, razón por la cual no tomó ninguna medida.

El carretero recurrió entonces a la Legión, donde previno al mayor Charlone, quien sí le creyó y tomo de inmediato medidas defensivas.

Cerca de media noche una partida de Granaderos, que andaba de patrulla, llegó también con la novedad de haber visto indios en los

alrededores, lo que tampoco llamó la atención de Orquera, el que entrevistado por Susini, pero no llegó a un acuerdo con el jefe de la Legión para actuar conjuntamente, ante la posibilidad de una eventual invasión, que en principio descartaba.

De todos modos, con la oscuridad de la noche y sin una bien montada caballería, era ya imposible interceptar un malón en los vados de Napostá y el Maldonado. Para colmo de males, el sistema operativo de defensa exterior de la fortaleza no estaba operativo.

Por consiguiente cada jefe decidió obrar por su cuenta si se producía la invasión, que uno esperaba y el otro descartaba,.

Orquera optó por enfrentar a los indios en el fuerte si se producía el eventual malón, medida errada ya que facilitaba en ese caso la movilidad dispersa de la indiada a lo largo y ancho de todo el pueblo. Afortunadamente por lo menos acuarteló sus tropas y dio refugio a los pobladores que lo pedían en la oscuridad de la noche.

Susini en cambio decidió formar una defensa móvil, desplegando piquetes en los puntos que consideró vitales, como por ejemplo, casas de ladrillo y no de adobe, desde donde se podía tirotear a los indios con seguridad desde los techos.

Prácticamente construyó un perímetro defensivo vital. Una compañía de la Legión la ubicó en la plaza del pueblo, donde tomó las disposiciones defensivas necesarias. La otra, montada, al trote comenzó una acción exploratoria en la retaguardia.

Finalmente, al amanecer del 19 de mayo de 1859, apareció Calfucurá y atacó Bahía Blanca, probablemente usando más de 3.000 lanceros. El mismo, personalmente, dirigió las acciones desde un puesto que estableció para esto en Sauce Chico.

Al entrar el malón se enfrentó con las tropas italianas, los criollos reservistas a cuyo frente estaba el capitán Méndez que los había convocado a esos fines y los vecinos del pueblo que tenían armas y casas sólidas para abrir fuego desde ellas.

Los indios llegaron al pueblo desde distintos lugares, actuando con estudiada precisión, a pesar de chocar con una hábil defensa inesperada. No obstante, la misma no los detuvo y el malón llegó hasta las inmediaciones del fuerte, oportunidad en que el

comandante Orquera levantó el puente levadizo, lo que cerró el paso a los vecinos que buscaban su refugio en la fortaleza.

Como después se apreció, el fin principal del malón fue el robo a los negocios de los comerciantes establecidos en el pueblo. Este hecho a su vez facilitó la defensa del mismo, ya que para ello la indiada debió dispersarse.

Susini así lo apreció de inmediato al ver que los indígenas se separaban para robar las casas de comercio y arrear el ganado que encontraban a su paso. Aprovecho esta circunstancia para pasar al contraataque.

Lo hizo de frente, envolviéndolos con su caballería para evitar el repliegue indígena en busca de los vados.

Se luchó cuerpo a cuerpo hasta que los indios fueron desalojados totalmente a culatazos y bayonetazos por los infantes y sablazos de los soldados de caballería de la Legión, a la que se había plegado saliendo del fuerte el Cuerpo de Granaderos.

La Legión y los numerosos italianos que se habían radicado en Bahía Blanca se lucieron en esa defensa. Los daños que causó el malón fueron enormes y muchos los muertos, pero entre estos quedaron más de 150 indios, a los que habrá que sumar entre sus bajas los que escaparon mal heridos para caer en el camino o morir en sus toldos.

Bahía Blanca había resistido y rechazado el malón de Calfucurá y los indios trasandinos tuvieron que escapar en retirada llevando no el sabor de la victoria, sino a sus numerosos heridos.

Poco después, durante la presidencia del Gral. Mitre, lograda ya la unión nacional, las autoridades proyectaron en 1864 llevar la frontera del indio a la margen norte del río Colorado, lo que no se pudo concretar por la guerra con el Paraguay, que incluso obligó a debilitar el control de las líneas defensivas.

Calfucurá tuvo a su favor no solo este hecho, sino los levantamientos del interior de diferentes caudillos y el alzamiento de los Colorados, comandados por los hermanos Saa. Ello obligó a darle al ejército nacional permanentemente un destino distinto al que requería el sur del país con los malones indios.

La defensa trató de efectuarse con la fundación de numerosos fuertes y fortines, ineficientes por sí solos para solucionar el problema. Los indígenas no daban ni pedían tregua en más de 400 leguas de frente que les servían para sus entradas y malocas.

La célebre Ley Nacional N° 215 dictada para la conquista del sur y llevar la frontera al Río Negro, no pudo cumplirse y se convirtió en una simple disposición declarativa.

Así llegamos al año 1869, en que los jefes de las distintas fronteras que tenían a su cargo la vigilancia de los indígenas, trataron de ocupar las aguadas y puntos importantes para el desplazamiento posterior de nuestras tropas. Por ejemplo Lucio V. Mansilla ocupó la línea del Río Quinto a lo largo de la provincia de Córdoba.

Pero en 1870 el asesinato de Urquiza y levantamiento de López Jordán en la provincia de Entre Ríos, impidió nuevamente al Presidente Sarmiento llevar adelante la proyectada ocupación de nuestra pampa. No sólo eso, este levantamiento permitió a Calfucurá la reanudación de sus ataques ante el nuevo destino que Sarmiento debió dar a nuestras tropas.

Estos ataques culminaron con el gran malón ya referido de 1872, que provocó una ola de miedo e indignación principalmente en Buenos Aires, donde Zeballos escribía: “*No lo puedo olvidar. Era yo noticiero de La Prensa. Buenos Aires ardía de sobresalto e indignación. Las fuerzas del Oeste eran insignificantes para oponerse al paso del invasor...*”.

Sin embargo no fue así. Ese malón significó el fin de Calfucurá, y de su dominio de la pampa, ya que terminó como hemos visto, totalmente derrotado por el General Ignacio Rivas el 8 de marzo de dicho año y debió escapar hacia el desierto, a Chiloé, para salvar su vida, que poco duraría.

Efectivamente, el 4 de junio de 1873, precisamente en Chiloé, probablemente centenario o casi centenario, en nuestra provincia de La Pampa, en Salinas Grandes, murió Calfucurá, el indio invasor que llegó a ser señor del llamado desierto.

El fin del dominio del indio, que él había previsto, sería el paso siguiente en nuestra historia.

A Calfucurá lo sucedió primero un triunvirato integrado por sus hijos Bernardo Namuncurá , el mayor, Manuel Namuncurá , que ambicionaba el poder, y Alvarito (Albaro Roumaycurá).

Pero en 1875 , apoyado por Alvarito, quedo como único cacique *Manuel Namuncurá*, que prácticamente fue su sucesor y el autor ese año del último gran malón.

Manuel Namuncurá , también era chileno como su padre, nacido en Llama, y con él terminó el cacicazgo de los Piedra el año 1883, en que se entregó a nuestras tropas comandadas entonces por el general Conrado Villegas, durante la campaña llamada de “Los Andes”.

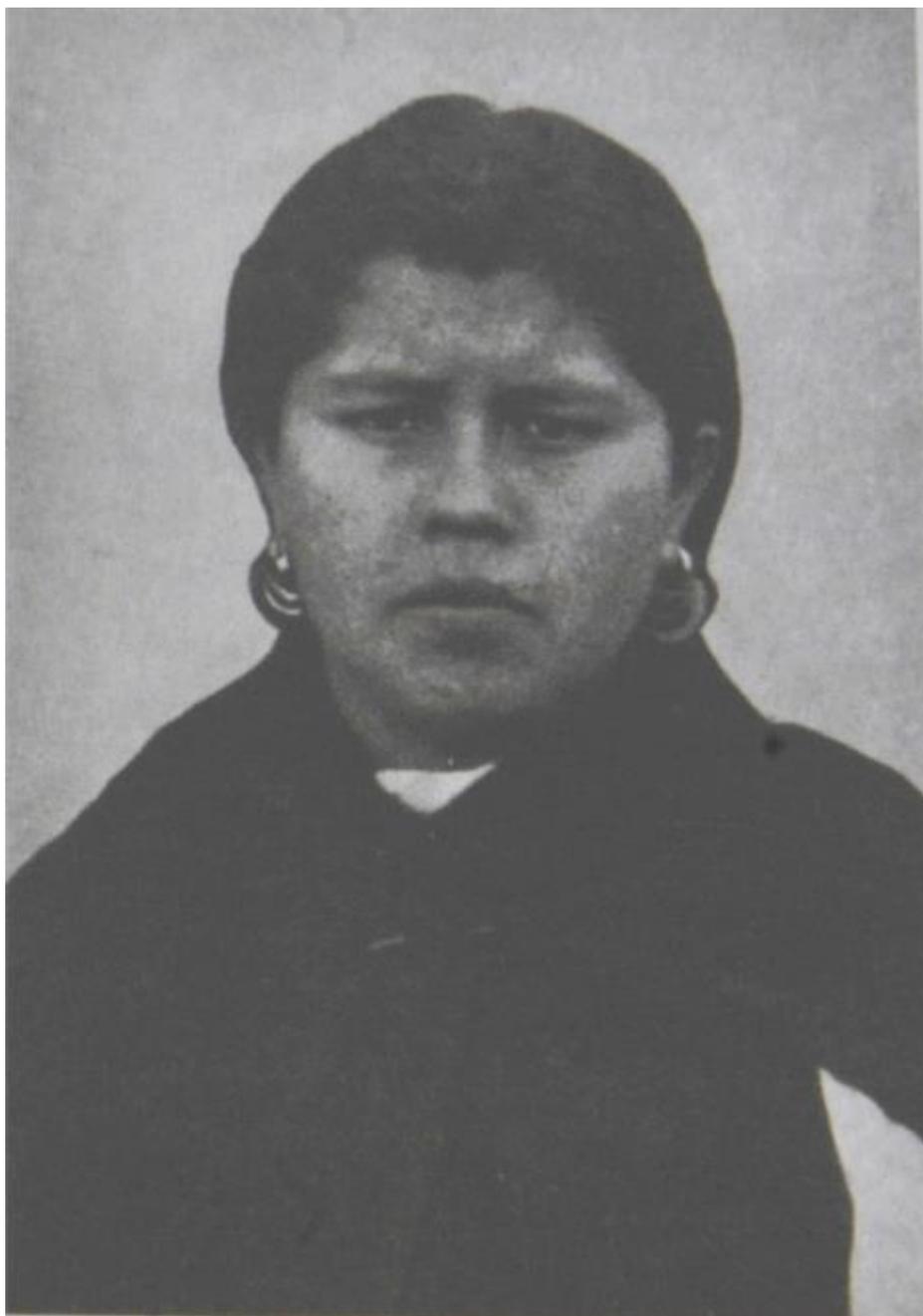




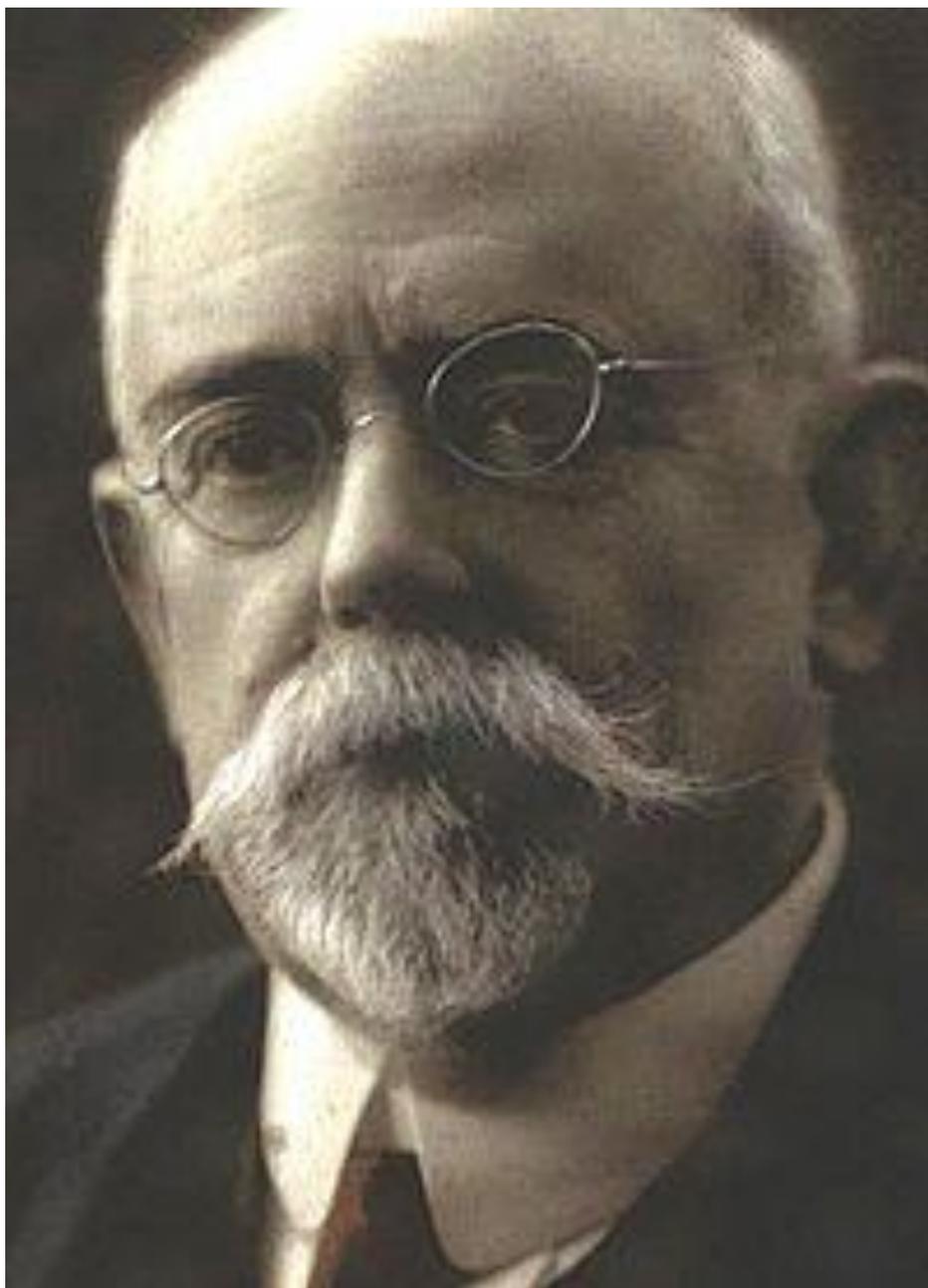
Calfucurá (Piedra Azul en castellano)



Manuel Namuncurá circa 1900



Rosario Burgos, madre de Ceferino Namuncurá en 1884.



Francisco Pascasio Moreno